



LOS CAUTIVOS

ERGASILO. (*Aparte*). Basta de tardanza, Ergásilo y a desempeñar cuanto antes tu misión. ¡Fuera todo el mundo y nadie se oponga en mi camino si no se encuentra mal con su existencia! ¡Al que me impida el paso le aplasto las narices!

HEGION. Este hombre se prepara para el pugilato.
ERGASILO. Que lo voy a hacer como lo digo. Que cada cual prosiga su camino, sin detenerse a hablar de sus negocios en esta plaza, porque mi puño es una balista; mi codo una catapulta y mis hombros un ariete: con las rodillas derribaré por tierra a aquel que se me oponga y dejaré sin dientes a todo mortal con quien tropiece.

HEGION. ¿Qué amenazas son estas? En verdad que no salgo de mi asombro.

ERGASILO. ¡Cuidado que se ha de acordar para siempre de este sitio... y de esta hora y de mí! ¡El primero que tropiece conmigo halla la muerte!

HEGION. ¡Pero qué tiene éste? ¿A qué tan tremendas amenazas?

ERGASILO. Lo prevengo de antemano para que si al-

guno cae lo sea por su culpa. Manteneos en vuestras casas... evitad os digo mi violencia.....!

HEG. ¡Por vida de Pólux! para mostrarse tan inflado, el estómago le inflaron de seguro. ¡Pobre del tonto de cuya mesa ha salido tan arrogante!

ERG. ¡Ay de los panaderos que alimentan a sus cerdos con salvado; lo que produce un olor tan fétido que impide pasar por delante de las tahonas!... Como yo tropiece con uno de estos animalitos en la vía pública, por mi fe, que a cerdos y amos les he de sacar el salvado del cuerpo.

HEG. ¡Soberbio edicto! ¡y con qué tono de rey! Nada, sin duda está bien repleto: la magestad de éste, reside en el estómago.

ERG. ¡Guay también de los pescadores que traen a vender al pueblo en sus jumentillos pescado podrido, cuya fetidez hace huir de la plaza a los que pasean en los pórticos! Yo les restregaré en el rostro sus canastas para que aprendan a no infestar las narices de las gentes. En cuanto a los carniceros que arrancan a las ovejas sus tiernos recentales, que venden cordeiros para los sacrificios y dan carne de carnero por carne de castrón. . . como me encuentre uno de estos endurecidos carneros, juro que el amo y la res lo han de pasar malamente.

HEG. ¡Bravo! el hombre dicta sus ordenanzas como un edil. ¿Si le habrán nombrado los etolios *agoránomo*?

ERG. Yo no soy ya parásito; soy un rey el mas regio de los reyes. Tantos y tan soberbios son los socorros que me trae la nave que acaba de fondear en el puerto. ¿Por qué tardo en inundar de alegría el alma del viejo Hegión? ¿no es en este instante el más afortunado de los mortales?

HEG. ¿Qué grata noticia será la que me trae este diablo tan alborozado?

ERG. (*Llamando a la puerta.*) ¡Hola! ¿dónde demonios estáis? ¿no hay quién abra esta puerta?

HEG. ¿A que este danzante viene a cenar conmigo?

ERG. ¡Abrir pronto o la derribo a puñetazos!

- HEG. Yo le dirijo la palabra. . . ¡Ergásilo!
- ERG. (*Sin volverse.*) ¿Quién dice por ahí Ergásilo?
- HEG. Oye: ¡mírame!
- ERG. Me pides una cosa que no te concede ni te concederá la fortuna. ¿Quién eres tú?
- HEG. Mírame hombre: soy Hegión.
- ERG. ¡Oh el más venturoso de los hombres y cuán a tiempo has llegado!
- HEG. ¿Encontraste alguien con quien cenar en el puerto y por eso despreciaste mi convite?
- ERG. Dame esa mano.
- HEG. ¿Mi mano?
- ERG. Dame esa mano en seguida.
- HEG. Tómala.
- ERG. Ahora ¡regocíjate!
- HEG. ¿Y por qué me he de regocijar?
- ERG. Porque yo te lo mando. Vamos, alégrate digo.
- HEG. ¡Por el dios Pólux que mis quebrantos no me permiten alegrarme!
- ERG. Fuera el mal humor; voy a borrar al punto de tu semblante las huellas del pesar. Te digo que te regocijes con toda confianza.
- HEG. Vaya, pues me alegro aunque no sé por qué.
- ERG. Haces bien. Ahora vé a dar tus órdenes.
- HEG. ¿Qué órdenes tengo que dar?
- ERG. Ordena que enciendan un gran fuego.
- HEG. ¿Para . . . ?
- ERG. Un fuego enorme. . . .
- HEG. ¡Si serás buitrel! ¿Te crees que por darte gusto incendiaré mi casa?
- ERG. No incomodarse. ¿Es que no quieres hacer que pongan al fuego las calderas? ¿No quieres que se limpie la vajilla? ¿qué se preparen ardientes hornillas para el jamón y las viandas, y que vaya alguno a comprar pescado. . . . ?
- HEG. ¡Vamos, éste sueña despierto!
- ERG. ¿Que otro vaya a comprar puerco, corderos y pollos. . . . ?
- HEG. Sabrías darte buena vida, si tuvieras con qué.

- ERG. ¿Y jamones, mariscos, salmones, rodaballos lenguados y queso?
- HEG. Más fácil te será nombrar todas esas cosas que comerlas en mi casa, Ergásilo
- ERG. ¡Y cree que se lo exijo en interés mío!
- HEG. No hay que hacerse ilusiones querido. En mi casa no saborearás en toda tu vida lo que acabas de nombrar. Te suplico pues no traigas otra cosa que tu apetito ordinario.
- ERG. ¿Y qué haremos si tu te empeñas en hacer ese gasto cuando lo impida yo?
- HEG. ¿Yo?
- ERG. Sí, tú.
- HEG. ¿Serás tú mi amo en este momento?
- ERG. Tu amigo. ¿Quieres que haga tu felicidad?
- HEG. ¿Y quién no la desea?
- ERG. Otra vez tu mano.
- HEG. Ahí la tienes.
- ERG. ¡Ay Hegión, los dioses te protegen!
- HEG. Pues no *siento* en qué. . . .
- ERG. Ya lo creo; no *sientes*, porque no estás en una sentina. Has que preparen luego vasos puros para el sacrificio y que traigan un carnero cebado. el mejor que hallen.
- HEG. Para. . . .
- ERG. Inmolarlo.
- HEG. ¿A qué dios. . . . ?
- ERG. A mí. Yo soy para tí en este momento Júpiter; la salvación, la fortuna, la dicha, la alegría. Procura con ópimas ofrendas merecer la protección de este dios.
- HEG. ¡Tienes ansia de devorarme! ¡Ya lo creo, es hábito tuyo desde la infancia! ¡Que Júpiter y los dioses te confundan!
- ERG. ¡Por Hércules! ¡Y la gran provisión de felicidad que te traigo del puerto! Conque ya me estás complaciendo. . . .
- HEG. ¡Vete allá, necio del diablo! has acudido tarde, ya no es tiempo.
- ERG. Acabo de ver en el puerto, en un barco de la re-

pública a tu hijo Filopólemo vivo, sano y salvo, acompañado del joven Eleo y de Estalagmo, el esclavo que se te fugó, llevándosete al niño de cuatro años....

HEG. ¡Anda enhoramala.....! ¿Te estás burlando de mí?

ERG. Así me ayude la sagrada diosa de la Hartura y me tenga siempre por uno de los suyos, según es cierto que le vi.

HEG. ¿A mi hijo?

ERG. A mi genio tutelar.

HEG. ¿Y a mi cautivo aquel de la Elida?

ERG. *Per apollinem.*

HEG. ¿Y al siervo Estalagmo que me robó mi hijo?

ERG. *Per Coram.*

HEG. ¿Mucho tiempo há?

ERG. *Per Proeneste.*

HEG. ¿Es verdad que ha llegado?

ERG. *Per Signiam.*

HEG. Dime.... ¿estás seguro de ello?

ERG. *Per Phrusinonem.*

HEG. ¿Pero tú lo has visto?

ERG. *Per Alatriam.*

HEG. Para qué juras por ciudades bárbaras?

ERG. Porque son tan difíciles de digerir como la comida que me ofreces.

HEG. ¡Maldita sea tu vida!

ERG. ¡Ojalá! ya que no me crees cuando hablo verdad.

HEG. ¡Dioses imortales! me siento revivir con esa noticia. Si dices verdad.....

ERG. ¿Lo dudas después de mis solemnes juramentos? Si no tienes fe en mis palabras vé al puerto.

HEG. Es lo más acertado. Entrate y prepara lo necesario. Toma cuanto quieras, pide, dispón a tu antojo...eres el dispensero.

ERG. (*Dándose golpes en el vientre.*) ¡Por Hércules! si mis vaticinios no se cumplen, me mueles con un garrote.

HEG. Si no me has engañado, te aguarda una gran me-

sa para el resto de tus días.

ERG. ¿En dónde?

HEG. En mi casa y en la de mi hijo.

ERG. ¿Prometes eso?

HEG. Lo prometo. (*Vase.*)

ERG. ¡Se marcha y me confía por completo la administración de las provisiones! ¡Dioses inmortales cuánta cabeza voy a cortar hoy! ¡Pobres cerdos y jabalíes! ¡qué calamidad os amenaza! ¡qué destrucción de pernils y jamones! ¡qué horrible matanza y lo que van a trabajar carniceros y tocineros! Es perder el tiempo si me pongo a enumerar los manjares que van a reparar este estómago. Tomemos posesión de nuestra prefectura y dictemos sentencia contra el tocino.....socorreremos luego a esos desgraciados pernils que gimen colgados sin haber sido judicialmente condenados.....

PLAUTO.

ACTO CUARTO.—Escenas II y III.

MEDEA

MEDEA ¡Oh hijos míos, ya tenéis ciudad y casa en la cual viviréis sin vuestra mísera madre, que irá desterrada a otro país, antes de recoger los frutos que debéis dar, y de veros felices; antes de casaros y de engalanar yo misma a vuestra esposa y el tálamo nupcial... y de llevar antorchas! ¡Oh, cuán desdichada me hace mi feroz orgullo! En vano os eduqué, oh hijos, en vano trabajé consumida a molestias y sufriendo los intolerables dolores del parto. Sin duda, infeliz, puse en vosotros en otro tiempo mi esperanza pensando que me sostendríais en la vejez y que con vuestras manos cerraríais mis ojos: deseo tan natural en los mortales... ¡ya se desvaneció este dulce consuelo! Sin vosotros pasará mi vida llena de tristeza y amargura. No veréis más a vuestra madre y viviréis en adelante de otra manera. ¡Ay de mí! ¿Por qué me miráis, oh hijos? ¿Por qué miráis y sonreís así, con sonrisa peor que la muerte misma? ¡Oh! desfallece mi ánimo cuando tropiezo con las alegres miradas de mis hijos. No podré. ¿Qué necesidad tengo de afligir a su padre con estos males, y de sufrirlos yo duplicados? No seré yo... Pero ¿por qué sufro? ¿Serviré de burla que

dando impunes mis enemigos? ¡Audacia! ¡Cuánta es mi debilidad! ¡cuánta debilidad revelan mis dolientes frases! Entrad en el palacio, oh hijos; servid de tormento al hombre que no asistirá a mi sacrificio. ¡No se enervará mi mano! ¡Ay! ¡Ay de mí! No metas ese crimen mujer; ¡déjalos desventurada, perdona a tus hijos, que su recuerdo será tu encanto en el destierro!..... ¡No por los dioses que moran en el Orco con los ministros de la venganza! jamás los abandonaré a los ultrajes de los que me detestan. ¡Imposible! ¡Que mueran! Yo que les dí vida... yo se las quitaré. Lo ha resuelto el Destino y el Destino se cumplirá. Ya corona sus sienes la regia desposada y se abraza en su vestido..... al emprender mi fuga me sonreirá el recuerdo del funesto legado.

Quiero hablar a mis hijos. Dadme dadme oh hijos vuestra diestra y que la bese..... ¡Oh mano amada, labios queridos, noble rostro, talle gentil... sed felices! ¿Y si vuestro padre os robara la ventura que podríais disfrutar aquí?..... ¡Oh tez delicada, oh suavísimo hálito de mis hijos! Salid, salid..... no puedo miraros más, que mis desdichas me agobian. Yo comprendo, yo conozco en toda su extensión la horrible maldad que voy a cometer... pero es la ira mi implacable consejera... la ira es causa entre los hombres de las mayores desventuras. (*Medea permanece en el teatro, deseosa de saber el resultado de su funesto mensaje.*)

MENSAJERO [*Sale.*] ¡Qué cruel y nefanda maldad has cometido, oh Medea! Huye, huye; ya en nave que, como carro, surque las ondas; ya en alígero carro que huelle la tierra.

MEDEA ¿Qué hice que justifique tal fuga?

MENS. Han muerto la princesa real y Creonté su padre envenenados por ti.

MEDEA ¡Oh mensajero de la grata nueva! En adelante serás uno de mis bienhechores y amigos.

MENS. ¿Qué dices? ¿Estás en tu juicio? ¿No deliras, oh mujer? ¿Te alegra saber la ruina del real palacio? ¡No tienes conciencia! ¿No temes?

MEDEA Algo podría replicarte si no te exasperases demasiado, oh amigo. ¡Cuéntame cómo han perecido y aumenta mi deleite! ¿Fué horrible su muerte? ¡Cuenta!

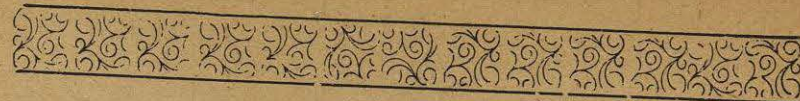
MENS Cuando llegaron tus hijos con su padre a palacio, nos alegramos todos los criados que deplorábamos tus desdichas. De uno en otro circuló el rumor de que te habías reconciliado con tu esposo. El uno besaba la mano, el otro la blonda caballera de tus hijos, y yo, lleno de alegría les acompañé hasta el aposento de las mujeres. La dueña, a quien ahora servimos en tu lugar, antes de venir tus hijos, miraba a Jasón con amor; después veló su rostro volviendo a otro lado sus encendidas mejillas, no bien entraron tus hijos. Tu esposo se esforzaba en mitigar su enojo diciendo a la princesa: “¿Por qué aborrecer a los que me aman? cese tu enojo y vuelve acá tu cabeza. Ten por amigos a los que lo son de tu esposo; acepta estos regalos y ruega a tu padre que por mí, revoque el destierro de mis hijos.” Ella al ver tu regalo, ofreció a Jasón hacer cuanto deseaba, y antes que saliesen los tres de palacio, tomó en sus manos el gentil vestido, poniéndoselo a tiempo que adornaba sus rizos con la corona de oro y sonriendo al contemplar en el espejo su hermosura. Después, descendiendo del solio paseaba por el palacio con lento y magestuoso andar, satisfecha de los dones y recreada en su propia contemplación. Luego, un espectáculo horrible: alterósele el color, retrocedió vacilante, tembló todo su cuerpo y apenas pudo llegar al solio dando con su pesadumbre en tierra. Una de sus ancianas servidoras creyendo que le acometía el furor de Pan o de algún otro dios, gritó, prorumpió en terribles clamores al observar la blanca espuma que brotaba de sus labios, que se extraviaban sus ojos y que la sangre desaparecía de su cuerpo. Una, corrió en aquel momento al palacio de su padre, otra en busca del esposo a anunciar esta desgracia. Todo era confusión, voces, carreras. En tanto ella, con los ojos cerrados y sin vida, gemía dolorosamente.

te. Despertó al fin presa de dos graves males. La corona de oro que ceñía sus sienas despedía llamas sobrenaturales que lo devoraban todo; y los sutiles vestidos, presente de tus hijos, se cebaban en las delicadas carnes de la desventurada. Huyó por fin levantándose del solio, ardiendo, y sacudía sus cabellos a uno y otro lado pugnando por arrojar la corona; pero el oro firmemente adherido a ella no cedía, y el fuego, después de agitar sus cabellos estallaba con fuerza doble. Cayó por último en tierra, vencida por el dolor y espantosamente desfigurada hasta el punto de que sólo su padre podría reconocerla. No se distinguían bien sus ojos; su rostro había perdido la belleza: de su cabeza corría sangre mezclada con fuego, y la carne, como gotas de pez, se desprendía a pedazos de su huesa por la eficacia invisible del veneno, ofreciendo un espectáculo horrendo. Nadie osaba tocar el cadáver temeroso de participar de su desdicha. Pero su infortunado padre, que nada sabía de su mal, entrose súbito al aposento y se abalanzó a la muerta en medio de grandes alaridos en tanto que la abrazaba y decía: “¡Oh, mi desventurada hija. . . ! ¿Qué dios te ha perdido tan miserablemente? ¿Quién acompañará a tu viejo padre a la pira si tú has muerto? ¡Ay de mí! ¡Perezca yo contigo, hija. . . . hija mía!” Y cesaron sus gemidos y lágrimas y al intentar levantarse viose adherido al sutil traje, como la yedra a las ramas del laurel. ¡Horrible lucha! pugnaba por alzar sus rodillas y los paños firmemente unidos a ellas lo impedían y al forcejear, las viejas carnes se desprendían del hueso. Rendido al dolor, exhaló el alma el desdichado. Yacen pues, muertos los dos el uno junto al otro. . . . ¡calamidad que pide a voces lágrimas! Discurre el medio de salvarte. . . yo ¿qué te puedo aconsejar? Atormenta tu ingenio y elude el castigo que te aguarda. No es ésta la primera vez que los proyectos de los mortales son humo solamente, ni vacilo en afirmar que los que se tienen por sabios y se consagran a investigar la razón de las cosas, son

los que más torpezas cometen. Nadie es feliz: si llega a poseer grandes riquezas, podrá serlo más que otro, pero nunca enteramente.

.....
MEDEA ¡Mataré mis hijos, después huiré! Deben perecer sin remedio y yo que los procee les mataré también. ¡Ea, pues... ármate de valor! ¿Por qué vacilo en realizar crímenes crueles pero necesarios? ¡Anda, mísera mano mía, empuña el acero y huella la triste meta de la vida! ¡No sercobardel!... ¡no recuerdes a tus hijos a quienes tanto amas porque les diste a luz! ¡Olvida en este breve día, que les tienes... ya llorarás después! Aun muertos, siempre te fueron caros y siempre fuiste una mujer infornada.

EURIPIDES.



Los Adelfos



ESQUINO. Ahora mismo sin tardanza con ellas voy a hacer que mi conducta se justifique ya. ¿Dónde se hallan? Lleguemos, pues. Mas ¡ay! yo estoy perdido; al llamar a esta puerta siento helada mi sangre, y tiemblo todo. ¿Hay tal desdicha? ¡Hola! ¡Eh! Soy Esquino. Esquino llama; abrid pronto. Alguien sale. Hacia este lado retirémonos pronto.

MICION. (*A Sostrata en la casa.*)
Sí, Sostrata, haz ya lo que te he dicho. En el momento sin que me llegue a detener en nada, de Esquino voy en busca a referirle cómo este asunto hasta el presente marcha.

(*Llegando a la plaza.*)
Mas ¿quién llama a la puerta?

ESQUINO. ¡Estoy perdido!
Es mi padre.

MICION, Es Esquino.
ESQUINO (*Aparte*) ¿De qué trata?
¿Qué asunto será este?

MICION. Quien ahora ha llamado ¿eres tú? dime. (*Ap.*) ¡Se calla!

- ¿Por qué no me respondes placentero?
Haces bien en no hacerme confianza
de un secreto. ¿Mas qué? ¿No me respondes?
- ESQU. (*Con embarazo.*) ¿Yo a esa puerta?... No he sido...
- MICI. ¿No? Me extraña
que algo tengas que hacer aquí y que quieras
penetrar de ese modo en esta casa.
(*Ap*). Se ruboriza. ¡Bien! ¡salvóse todo!
- ESQU. Pero a ti, padre mío, a esta morada
¿qué negocio te trae?
- MICI. A fe ninguno
que personal me sea. Aquí a la plaza
un amigo me trajo pretendiendo
que sea juez que decida en cierta causa.
- ESQU. ¿Qué causa?
- MICI. A decirlo voy ahora.
Por dos pobres mujeres habitada
se encuentra esta mansión. Se me figura
que tú no las conoces, pues se hallan
ha poco tiempo en ella.
- ESQU. ¿Y bien? prosigue.
- MICI. Son las dos madre e hija.
- ESQU. ¿Y qué les pasa?
- MICI. Esa joven la pérdida ya sufre
de su padre, y a fe que es desgraciada.
Su más próximo deudo es un amigo:
las leyes a él, le obligan a casarla.
- ESQU. (*Aparte.*) ¿Que esto escuche? ¡Altos dioses! Tiem-
[blo todo.
- MICI. ¡Yo estoy muerto!
- MICI. ¿Qué tienes?
- ESQU. ¡Nada! acaba.....
- MICI. Continúa.
Ha venido para luego
A esa joven llevarse a su morada,
que se encuentra en Mileto.
- ESQU. ¿Va a llevarse
a Mileto?.....
- MICI. Sí.

- ESQU. ¿Cómo? ¿A esa distancia?
¿Hasta Mileto?
- MICI. Sí.
- ESQU. ¿Qué es lo que dices?
¡Ay, ya la vista, el corazón me falta!
¿Y esas buenas mujeres se conforman?
¿Son tan dóciles, pues, que a todo callan?
- MICI. ¿Qué quieres tú que digan las mujeres?
¿Qué pueden ya decir? No dicen nada.
La madre nos refiere cierta historia,
y cuenta que su hija, a quien bien ama,
tiene un hijo, no sé, porque no llega
a nombrarle, de quién. Por esta causa
le da su preferencia sobre el digno
deudo suyo.
- ESQU. ¿Y a ti la tal demanda
te parece que es justa?
- MICI. No.
- ESQU. ¿Qué dices?
¿Cómo no? ¿Pero al fin ha de llevársela?
Responde padre mío.
- MICI. A fe no veo
por qué no.
- ESQU. Vamos, tú, cual se me alcanza
has tratado este asunto con dureza,
sin piedad, y así mismo, y ya con franca
claridad es preciso que lo diga,
de un modo indigno de tu mente alta.
- MICI. ¿Por qué? ¿Por qué?
- ESQU. ¡Y así me lo preguntas!
Reflexiona el dolor, la angustia tanta,
de ese amante el despecho; del que hizo
de verla siempre la costumbre grata
y que quizá la adora con extremo:
(no es esto que yo pueda saber nada.)
¿Qué será de ese mísero al hallarse
que de sus brazos mismos se la arrancan;
cuando mire que ya, ya para siempre
la roban a su amor y a sus miradas?
- MICI. ¿Por qué razón? ¿A quién le fuera dada

o prometida, di, la joven esa?
¿Con quién y cuando fué, la cosa es clara
unida en matrimonio? ¿Quién lo hubo
autorizado? ¿Y de oponerse trata
alguno por ventura a que se case
quien debe ser de otro?

ESQU. ¿Justo hallas
que una joven que tiene la edad suya,
espere así tranquila y con tal calma
que un deudo, que no sé de dónde vino,
de hacerla su mujer el afán traiga?
Ten padre esto presente; haz que se cumpla
hoy la justicia. Tus razones valgan.

MICI. ¡Es chistoso! Es decir, que hablar en contra
de aquel que defensor hoy de su causa
me hizo, ¿debo al fin? ¿Qué te interesa
Esquino, tal enlace? ¿A qué tal ansia
de mezclarnos así en la tal historia
de las mujeres esas? Bien: ya basta,
vámonos. ¿Qué veo? ¿Estás llorando?
¿A qué vienen, respóndeme esas lágrimas?

ESQU. Escucha, padre, te lo pido: escúchame....

MICI. ¡Hijo mío!... sé todo cuanto pasa;
porque te quiero, sí, y a mi ternura
tus menores acciones no se escapan.

ESQU. Mi vida toda merecerla pueda,
cual es cierto me aflige y llega al alma
el haber cometido, padre mío,
lo reconozco, tan odiosa falta,
y avergonzado estoy en tu presencia.

MICI. Seguro estoy de ello, pues me basta
saber tu buen instinto: mas me temo
que seas algo aturdido. ¿Do pensabas
que vivías? ¿Qué pueblo? Has deshonrado
a una joven que siempre respetada
debiera ser por ti; esto es ya sólo
una falta ¿qué digo? Una gran falta
que pudo hallar acaso su disculpa
en nuestra frágil condición humana,
y que a veces se han visto cometidas

por gentes que se tienen por honradas.
Pero ya sucedida ¿no has pensado
sobre ella? ¿Y qué, nada te quedaba
por hacer ya después cual convenía?
¿Reflexionaste cómo repararla?
Si tuviste vergüenza de decírmelo,
¿cuál pudiera aún estar en la ignorancia
para mí? Transcurrieron ya diez meses
sin que partido alguno tú tomaras.
Esa joven, el ser que dará al mundo
y tú mismo a la vez, todos se hallan
comprometidos ya. Tal vez te piensas
que en tanto que tú duermes y descansas,
tomarán sobre sí los altos dioses
tus asuntos con celo y eficacia,
de tu gusto a medida, sin que nunca
la molestia menor tomes por nada.
Sorprendiérame ver tu negligencia
en otra cualquier cosa. Vamos, calma,
no te aflijas. Con ella has de casarte.

ESQU. ¡Ay!

MICI. ¡Valor! Yo lo digo.

ESQU. ¿Es una chanza?

¿No te burlas? ¡Ay padre, yo quisiera!.....

MICI. ¿Yo burlarme? ¿Por qué?

ESQU. No sé; con ansia
anhelo tal enlace, pero temo.....

MICI. Vamos, haz lo que te digo. Entra en la casa.
Pide a los dioses con nosotros pueda
venir hoy tu mujer. Hazlo así, anda.

ESQU. ¡Ah! ¿Cómo? Mi mujer.....¿Cómo tan presto?

MICI. Al instante.

ESQU. ¡Al instante!

Sin tardanza.

Lo más pronto posible.

ESQU. ¡Odienme todas
las deidades olímpicas sagradas,
si no te quiero más sí, padre mío,
que hasta mis mismos ojos!

MICI. ¡Oh me agrada!

¿Pero más que a Panfila?
ESQU. De igual modo.
MICI. Eso es mucho.
ESQU. Mas di . . . ¿dónde se halla
ese hombre que vive allá en Mileto?
MICI. Se fué, embarcóse y naufragó. ¿Qué aguardas?
ESQU. Tú más bien, padre mío, a las deidades
tu súplica esta vez dirige y alza.
Seguro estoy, puesto que vales tanto
y mucho más que yo, que sin tardanza
serás luego escuchado.
MICI. Adentro vóime
para ordenarlo todo. Tú te marchas
a hacer lo que te he dicho. Sé discreto.

ACTO CUARTO. Escena V.

TERENCIO.



Filoctetes.

FILO. ¡Oh claridades
que suceden al sueño! ¡Oh dignos huéspedes
que vuelvo a ver velando tan leales
por mí, y a quienes nunca ya esperaba
tornar de nuevo a ver! Jamás bastante
piadoso y con valor para con gusto
permanecer aquí, sufrir mis males,
asistirme y venir así en mi ayuda,
hubiérate creído. Tan constantes
me han sido los atridas enemigos
en sostener mi mal. ¡Esos tan grandes
y generosos héroes! Tú, hijo amado
de noble corazón, digno carácter,
de antigua raza descendiente ilustre,
las molestias que puedo yo causarte,
en nada, pues tuvieras; sin enfado
oiste de mis labios fieros ayes,
y no apartaste de mi sucia herida
la vista, aunque sentiste inevitable
repugnancia. Y ahora que parece
que el mal que sufro quiere abandonarme,
y una tregua me da, tus propias manos
generosas del suelo me levanten
y colóquenme en pie, para que en breve

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO